

CARTA DEL OBISPO

Mirada de Dios, humildad de María

RAFAEL PALMERO



Mes de octubre, mes de la Virgen

Nuestro Papa Benedicto XVI se pregunta «¿por qué entre todas las mujeres, Dios ha escogido precisamente a María de Nazaret?». También nosotros hemos de hacer esa misma pregunta para encontrar lo más auténtico de la vida. El Papa continúa diciendo: «La respuesta se esconde en el misterio insondable de la divina voluntad. Sin embargo, hay un motivo que el Evangelio destaca: **su humildad**». Así lo proclama la Virgen María cuando se encuentra con su prima Isabel: «Porque miró la humildad de su esclava..., hizo en mí cosas grandes el que es poderoso» (Lc 1,48-49).

El Espíritu Santo preparó a María con su gracia, amada trinitariamente en el Amado del Padre, su Hijo (cf. Ef 1,4-7). La «llena de gracia», es llamada a ser madre de Dios y madre de la Iglesia. Colmada de Dios Amor, fue concebida como la más humilde de todas las criaturas, pues el brillo de la unión con Dios, el resplandor del amor divino es la **humildad**.

El Concilio Vaticano II dice que María «sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él esperan con confianza la salvación y la acogida» (LG 55). Sí, Dios quedó cautivado por la humildad de María. San Jerónimo asegura que Dios la eligió por madre suya, más por su humildad que por las demás virtudes. La misma Virgen lo expresó a Santa Brígida al decirle: «¿Cómo hubiera merecido ser la madre de mi Señor, si no hubiera reconocido mi nada y me **hubiera humillado?**».

María, ante el saludo del ángel, «se turbó por sus palabras, y pensaba qué significarían» (Lc 1,29). Su pequeñez no le deja vislumbrar la obra de Dios en Ella, su pequeñez le oculta a sus propios ojos la grandeza de la misericordia de Dios en su vida. Adora con **humildad** el misterio de Dios Amor. Con la audacia de los pequeños se confía a la voluntad de Dios, «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

«María es –comenta Benedicto



► Leonardo da Vinci: María, Isabel, Jesús y Juan.

XVI–, y sigue siendo la esclava del Señor, que nunca se pone en el centro, sino que quiere guiarnos hacia Dios, quiere enseñarnos un estilo de vida en el que se reconoce a Dios como centro de la realidad y de nuestra vida personal» (10.9.2006).

La humildad, sello de Dios

El Hijo de Dios en la humildad de nuestra carne, se hizo pequeño; y la **humildad** de María lo acogió en su seno. La humildad es el modo de actuar de Dios y de quienes viven en Él. Cristo «Camino, Verdad y Vida» (cf. Jn 14,6) nos muestra que el **descenso del amor humilde es la esencia de Dios**. Y así, el ascenso de Dios requiere este mismo itinerario de amor humilde, recibir el Reino como un niño, para entrar en él (Lc 18,17).

Esas «cosas grandes» que la misericordia divina hizo en María, quedaron en la profundidad de su humildad, como ocultas ante los ojos de los demás. En una vida sencilla, cotidiana de intenso amor. «Su **humildad** fue tan grande que no hubo para Ella anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a todas las criaturas, para ser conocida solamente de Dios» (S. Luis María Grignon). Aquí está la alegría de la

Virgen María: «Dios, mi salvador». No se goza en Ella, ni por los prodigios que Dios obra en Ella, «se alegra mi espíritu en Dios» (Lc 1,46).

Permanecer pequeños siguiendo a Cristo y unidos a María es la obra que el Espíritu de Amor va realizando y desea intensificar en nosotros, para acoger y dar a luz a Jesús, «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Recibir el don de un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños (cf. Mt 18,3); porque es a «los pequeños» a los que el Padre se revela (cf. Mt 11,25).

La humildad es audacia

Humildad no es cobardía o pusilanimidad. Es conocimiento de uno mismo. Es valentía y audacia, es confianza en Dios para ser instrumentos dóciles de su amor. Porque, quien es humilde no se extraña de su miseria; ésta le lleva a mantenerse firme en la constancia, a la dulce humildad de una fe viva, una esperanza cierta y una ardiente caridad.

«Nos apremia el amor de Cristo» (2 Co 5,14). María nos descubre que servir amando es una gracia, un don de Dios. Después del anuncio del ángel, «ella fue aprisa a servir a su prima Isabel» (cf. Lc 1,39). Tener la

oportunidad de amar, ¡es la alegría más grande!

María nos enseña también la humilde oración confiada que conmueve a Jesús, «haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Así la tristeza en las bodas de Caná se transformó en una alegría mayor. Y así ocurrirá hasta el final de los tiempos, por medio de la Virgen María, la «humilde esclava del Señor» (cf. Lc 1,48); nuestras necesidades son presentadas a su Hijo Jesucristo por su Corazón humilde y materno y son atendidas.

«¿Cómo no amarte y bendecirte, viendo en ti tanto amor, tanta **humildad?**» (Santa Teresa del Niño Jesús). Amor que lleva a la unión vital con María para vivir su misma vida en nosotros. La profunda humildad es la virtud que Dios prefiere a todas las demás.

Este fue, en todo momento, el programa de la vida de María: «no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de elevarse a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1,38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios» (Benedicto XVI, Deus caritas est, 41).

Como María, estemos nosotros siempre en total disposición ante Dios. «Parezcámonos en algo a la gran humildad de la Virgen Santísima» (Santa Teresa de Jesús). Con el Hermano Rafael Arnaiz –San Rafael–, supliquemos: «Le pido encarecidamente a María me enseñe en lo que Ella fue maestra..., humilde ante Dios, ante los hombres». «Hágase». Y en otro momento: «El Señor nos quiere humildes».